

Publicado en
Harold Jesús Calpa Riascos, *Clase Teatro*.
Pasto (Nariño, Colombia), 2021.

Prólogo

El filósofo e historiador neerlandés Johan Huizinga (1872-1945) dedicó una de sus obras más conocidas, *Homo ludens* (1938) –calificada por el también filósofo español Ortega y Gasset como “egregio libro”–, a la reflexión sobre el juego como fenómeno cultural unido a la condición humana, lo que le permitía basar ese nuevo término como superación de los más tradicionales: *homo sapiens* y *homo faber*.

A partir de la premisa del juego como actividad humana que podemos desarrollar como algo natural y libre y que nos permite crear experiencias mientras nos iniciamos en la relación y en la competencia con nuestros semejantes, creo posible trasladar esos rasgos al juego practicado por los infantes desde sus primeros años y que les convierte en completo ejemplo de ese *homo ludens*, del ser humano que juega. El juego es así algo innato, natural en cada niño y niña desde el momento que va adquiriendo un primer control de sus mecanismos musculares y articulatorios, además de marcar el inicio de la comunicación lingüística y social.

Un paso esencial en la evolución de cada pequeño que va abriéndose al mundo es el compartir sus primeros juegos con quienes lo rodean, primero con sus adultos más cercanos y después con sus iguales en edad y desarrollo, a través del juego libre y que pasará a ser reglado en sus primeras actividades escolares, completando con ellos su primera integración social, más allá del estrecho círculo familiar.

Esos primeros juegos son desarrollados por cada niño y niña gracias a una fina y también innata capacidad de observación y de análisis en la reproducción de actitudes y comportamientos que va descubriendo con su apertura al mundo y a la realidad. Y esa innata capacidad en cada ser humano desde sus primeros pasos evolutivos es la que convierte a la práctica teatral en la escuela, desde los primeros cursos, en una de las actividades con mayor potencial educativo, tal como habrá apreciado cualquier docente que se haya implicado, con pasión y con entrega, a su promoción entre sus escolares.

Claro ejemplo de lo que acabo de apuntar es el ofrecido por el profesor Calpa Riascos en su "*Clase Teatro*", que ahora prologamos. En sus páginas refleja las prácticas realizadas "día a día en interacción con estudiantes, compañeros docentes y comunidad educativa", de las que ofrece completa referencia en sus primeras páginas. Desde una perspectiva más completa, esta obra es un amplio repertorio de las posibilidades de la práctica teatral en la escuela, desde la improvisación mediante una idea o concepto abstracto, plasmada en unos breves guiones teatrales

abiertos a un mayor desarrollo a partir del juego, generado con los escolares, hasta las adaptaciones de textos no dramáticos —fábulas y cuentos, tanto populares como clásicos— en español y en inglés, y otras adaptaciones orientadas al desarrollo del pensamiento crítico en el alumnado.

Finalmente, quiero destacar el valor de estas piezas dramáticas como propuestas incitadoras a que otros docentes, sea cual sea el nivel educativo en el que desarrollen su labor, se adentren por el sugerente camino de aprovechar la innata capacidad infantil, señalada al principio de estas líneas, para desarrollar una auténtica y enriquecedora función educativa y que vaya acompañada de un sentido lúdico que reafirme en cada alumno sus inicios como *homo ludens*.

Jaime García Padrino

Catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura
Universidad Complutense de Madrid